



LOS NUEVE PRIMEROS VIERNES DE MES

SHALOM

Textos: **don Giuseppe Brioschi, sdb**

© Editrice Shalom - 19.03.2020 San José

© Libreria Editrice Vaticana (textos de los Sumos Pontífices)

© Textos bíblicos: Versión oficial de la CEE

(Conferencia Episcopal Española)

ISBN **9 7 8 8 8 8 4 0 4 6 5 9 8**

Para pedir este libro indíquese el código **8217**



SHALOM
editrice

Via Galvani, 1

60020 Camerata Picena (AN)

Tel. 0039 (0)71 74 50 440

de lunes a viernes, desde las 9:00 hasta las 19:00

sábado desde las 9:00 hasta las 17:00

Número Verde
800 03 04 05

solamente para pedidos

Fax 0039 (0)71 74 50 140

a cualquier hora del día y de la noche.

ordina@editriceshalom.it

www.editriceshalom.it

La editorial Shalom no cede los derechos de autor (ni patrimoniales, ni morales) al autor del presente libro.

índice

Salva tu alma.....	5
La gran promesa del Corazón de Jesús.....	6
Para ser digno de la gran promesa es necesario.....	8
Ahora me toca a mí... ..	23
El sacramento de la Reconciliación.....	24
La Comunión del primer viernes.....	29
Oraciones y meditaciones para todos los primeros viernes	39
<i>Oraciones iniciales</i>	40
Primer viernes del primer mes.....	42
<i>Oraciones finales.....</i>	44
Primer viernes del segundo mes	48
Primer viernes del tercer mes	50
Primer viernes del cuarto mes	52
Primer viernes del quinto mes	54
Primer viernes del sexto mes.....	56
Primer viernes del séptimo mes.....	58
Primer viernes del octavo mes.....	60
Primer viernes del noveno mes.....	62



Salva tu alma, empieza ya los nueve primeros viernes de mes

¿Nos importa la felicidad eterna?

¿Nos importa la felicidad eterna de nuestros familiares, de las personas que están a nuestro cargo y responsabilidad?

El Corazón de Cristo, en su misericordia, nos quiere entregar la llave de oro que un día nos abrirá la puerta del cielo. Nos quiere dar esta inmensa gracia, porque «Dios es amor» (1Jn 4,16) y manifiesta su bondad amando a los pecadores, buscando atraerlos hacia sí para hacerlos felices eternamente en el Paraíso. El evangelista Juan escribe: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17).

Jesús pone a nuestra disposición la omnipotencia de su amor para vernos un día entrar en el cielo y gozar de la felicidad eterna.

La gran promesa del Corazón de Jesús

A santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), mientras le mostraba su corazón rodeado de llamas, Jesús le dice: «*Yo te prometo, en la abundancia de la misericordia de mi corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos aquellos que comulguen los primeros viernes de mes durante nueve meses consecutivos, la gracia de la penitencia final (es decir, la salvación eterna). No morirán en desgracia, ni sin recibir los sacramentos, y mi Corazón será su refugio seguro en aquella hora*»¹.

Esta promesa, más conocida como la «gran promesa», con la que Jesús quiere conceder la salvación eterna a quien (con las debidas disposiciones) se acerque a la Comunión el primer viernes de cada mes, durante nueve meses consecutivos, puede parecer exagerada: «*¿Por nueve Comuniones (aun-*

1 Sobre la autenticidad de esta promesa no hay ninguna duda, tanto que Benedicto XV, algo único, la quiso introducir en la bula de canonización de santa Margarita María de Alacoque.

que sea con unas determinadas condiciones) una gracia tan grande?». Es una promesa formidable, parece una póliza segura para la vida... eterna. No hay, ni puede haber, nada de mágico o automático. Sabemos por el conjunto de la Revelación, que cada don de Dios al hombre, cada una de sus gracias, presupone siempre la respuesta del hombre, en obediencia a la voluntad de Dios.

La gran promesa, en realidad, no hace sino poner de manifiesto el misterio del corazón de un Dios que se commueve y dirige todo su amor a la humanidad, pero sobre todo demuestra que cada uno de nosotros puede experimentar y saborear la ternura de este amor; cada uno de nosotros puede dejarse envolver por la fidelidad humilde y la mansedumbre del amor del Corazón de Cristo.

En el Corazón de Jesús se manifiesta el núcleo esencial del cristianismo; en Cristo ha sido revelada y entregada toda la novedad revolucionaria del Evangelio: el amor que nos salva y nos hace vivir ya en la eternidad de Dios. Su divino Corazón sigue llamando todavía a nuestro corazón; nos invita a salir de nosotros mismos, abandonar nuestras seguridades humanas para fiarnos de él y, siguien-

do su ejemplo, hacer de nosotros un don de amor sin reservas.

Es evidente que, en la promesa hecha por Jesús, la salvación final es obra y don exclusivo de la gran misericordia del Padre, manifestada por el Corazón de Jesús, que espera la respuesta libre del hombre. La iniciativa de su amor nos interpela. Aceptar su don significa la realización de uno mismo; rechazar su don con el pecado significa perderse a sí mismo. La respuesta que demos será decisiva para nuestro éxito o nuestro fracaso. Estamos llamados cada día, y no solo una vez al mes, a colaborar, esforzándonos en un camino de conversión. Por tanto, la clave de lectura para comprender la «gran promesa» está precisamente en ese exceso de misericordia del Corazón de Jesús.

Para ser digno de la gran promesa es necesario:

1. Espíritu de amor y de reparación

Una vez el Señor, mostrando su Corazón a santa

*Margarita María de Alacoque y lamentándose por la ingratitud de los hombres, le pidió que, especialmente el primer viernes de cada mes, se recibiera la santa Comunión y le reveló también con qué sentimientos acercarse a ella: «**Espíritu de amor y de reparación, este es el espíritu de la Comunión mensual; de amor que intenta corresponder al inefable amor del Corazón divino hacia nosotros; de reparación por la frialdad, ingratitud, el desprecio con el que los hombres pagan tanto amor**».*

El inmenso amor de Jesús por los hombres es con frecuencia pagado con muchas ingratitudes: «Este es ese corazón que ha amado tanto a los hombres y que, de la mayoría de ellos, y con frecuencia de sus predilectos, ¡no recibe sino ingratitud y ultrajes!». Hay que reparar las injurias con las que, por todas partes, se hiere al Corazón de Jesús. ¿Cómo? Dándole, a cambio, amor, procurando algún consuelo a su corazón con la compasión de nuestros corazones, esforzándonos en la práctica de las virtudes para acrecentar la fidelidad y el amor.

Para acoger la gran promesa de Jesús es necesaria además una mentalidad de amor, por eso la